

LAS ISLAS INDEFENSAS

HAY un asunto serio y urgente del que se está hablando muy poco y gota a gota. Esta técnica informativa del gota a gota me la conozco bien, por razones de oficio, y cuando la descubro aplicada a cualquier materia me lleno de alaa; generalmente, dentro hay un gato encerrado, gato que nos dejaría hechos una pena si saltase contra nosotros.

Por un lado, la noticia de que la Bandera Paracaidista abandona las Canarias y por otro, el secuestro de un avión por tres legionarios en Fuerteventura, hecho fortuito o perfectamente preparado, no sé, no me atrevo a decidir porque me faltan elementos de juicio. Pero seguido inmediatamente de una campaña de desprestigio de la Legión y de peticiones de que sea retirada.

Se da otra coincidencia, además. El partido que lleva adelante esa campaña, Unión del Pueblo Canario, es en las Cortes el que menos disimula su filiación prosoviética de su separatismo, porque otros se lo callan y hasta lo desmienten en, como, por ejemplo, el separatismo vasco; pero Unión del Pueblo Canario lo pregona y se proclama partidario de unas islas bajo influencia rusa, frente a los intentos americanos de convertirla en base para sus misiles. No me invento nada al hablar así; todo ello se puede documentar en el Diario de Sesiones del Congreso, porque allí lo he oído.

Paso directamente a formular una pregunta. ¿Vamos a dejar indefensas a las Canarias? El presente artículo no tiene más sentido ni mayor alcance que esta interrogante, pero considero importante hacerla públicamente para que lo que haya de suceder,

si algo sucede, sea con conocimiento de todos y para que no pueda emplearse, una vez más, la estrategia de los hechos consumados.

Recuerdo ahora aquella rueda de Prensa que el presidente Suárez celebró en su residencia de la Moncloa y me parece estar presenciando cómo se planteó el tema canario, entonces muy vivo por recientes actuaciones del terrorismo separatista, Adolfo Suárez ordenó a uno de sus ayudantes:

—Tráeme un cuadro que hay en mi habitación, frente a la cabecera de mi cama.

Poco después Suárez nos enseñaba a los periodistas una preciosa fotografía en color de las islas vistas desde el aire.

—Esa es mi preocupación constante—, dijo.

Me parece del mayor interés que los españoles tengamos, junto a la preocupación permanente de lo que puede suceder en el País Vasco, la preocupación permanente de lo que pueda ocurrir en las Canarias. Se trata de los dos brazos de España, atados a potros que en cualquier momento pueden ser azotados y dejados en libertad para que la despedacen, como en el antiguo tormento bárbaro. Tengo que insistir en que los vencedores de la pasada Guerra Mundial reclaman hoy esos miembros del cuerpo de nuestra Patria. Alegan para ello nuestra neutralidad, que consideran culpable, y sus merecimientos en la implantación de un régimen democrático, que, por lo visto, es regalo de ellos.

Oí la otra noche por la televisión que el precio de la democracia era barato, que los muertos por el terrorismo podían viajar al cielo

en dos autocares turísticos, que los españoles estábamos de enhorabuena por el feliz desarrollo del proceso de reforma. No sé cuántos muertos son pocos y cuántos son muchos. Esa visión propagandística del asesinato me parece una villanía, propia de los cómplices del terrorismo, pero sí considero importante dejar sentado que el precio no se cifra sólo en sangre derramada, sino en soberanía nacional, en ruina económica y en anarquía. España puede ser desposeída de sus tierras y su bandera puede ser suplantada por banderas de otros países.

Están las Canarias cercadas prácticamente por barcos y submarinos americanos y rusos, convertidas en campo de lucha de intereses estratégicos y de partidos que en realidad son ejércitos mercenarios, desguarnecidas por la pérdida del Sahara, acosadas por la piratería contra su industria pesquera. Era de esperar que la preocupación permanente del presidente Suárez diese otros frutos que la retirada de nuestras tropas proteccionales más aguerridas. Caso de no ser el propósito la indefensión de las islas, a estas horas el Gobierno debería haber dado la respuesta más contundente a los intentos de desprestigio de la Legión y debería haber mantenido la guarnición paracaidista, contra viento y marea.

Ahí queda la pregunta, entre tanto: ¿Vamos a dejar indefensas las Canarias?

Joaquín AGUIRRE BELLVER